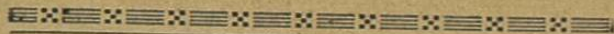


los pliegos recibidos, ya había dado sus respetadas órdenes para que en la "Orden General de la Plaza", del día, se diese a conocer el ascenso del Comandante Paco al grado de General, haciéndose también los preparativos para imponerle solemnemente una Medalla por su brillante comportamiento en el cumplimiento de su deber y celo por las instituciones establecidas.

Paco estaba contentísimo y su novia aún más; ella de nombre Luz Pernicharo y Soto de Avellaneda, parecía una sonaja por el feliz arribo de su prometido que llegó sano y salvo.

Pedro Regalado (Perico), hijo del médico, fué también ascendido al grado inmediato y se le impuso, personalmente por el Presidente, la Medalla de Honor; acto que se verificó en la Plaza de Armas frente al Palacio de los Poderes, en medio de una animada parada Militar. Fué felicitado por sus compañeros de armas y de sus numerosos amigos de carácter civil.

Además, hay que agregar que entre otros militares ascendidos y condecorados, figuró el Mayor de Artillería Don Gabriel de Garayzábal y Gomar a quien impusieron una medalla por su buen comportamiento y reconocida honradez.



CAPITULO TERCERO

MATRIMONIO DEL GENERAL PACO CON LUZ

PACO y Luz pasaron unas semanas ocupadísimos en arreglar su próximo matrimonio, absorbiendo todo ese espacio de tiempo en los preparativos necesarios para este acontecimiento.

Luz era huérfana de padre por haberlo perdido cuando apenas contaba un año y siete meses de nacida.

Vivía, afortunadamente, su amantísima madre de igual nombre que la joven, y llevaba el apellido de Soto de Avellaneda viuda de Pernicharo.

Su madre, dama de muy buen corazón y bellas cualidades, supo educar cristianamente a su cariñosa y buena hija; ésta que era la única que le quedó de su matrimonio, le corres-

pondía con creces el afecto de madre y las manifestaciones se fueron multiplicando conforme pasaba el tiempo.

Igualmente, tenía afecto la madre por Panchito, su futuro yerno, por quien se había conquistado un gran cariño, y lo trataba con el diminutivo de su nombre, a la par que por su manera de ser; caballerosidad y valentía; estaba muy contenta por el enlace que se efectuaría a los dos días venideros.

Los presuntos contrayentes, como se adoraban mutuamente, es de advertir que con toda justificación se encontraban llenos de gozo por la boda que en plazo tan perentorio se llevaría a cabo y por el cual, "Lucero" sería su esposa. (Así designaba a su prometida).

La ceremonia del matrimonio tuvo verificativo en la iglesia del Carmen perteneciente al Convento de los Padres Carmelitas, (1) situado en la risueña y fecunda población de San Angel, lugar que los amables lectores, aún cuan-

(1) Convento del Carmen en San Angel. El año de 1613 Don Felipe de Guzmán Cacique de Chimalixtac, pequeño barrio de Coyoacán, cedió a los P.P. Carmelitas una huerta de considerable extensión habiéndose puesto la primera piedra del Convento el 20 de junio de 1615 y en 1687 se dedicó el Templo, bajo la advocación de San Angelo, már-

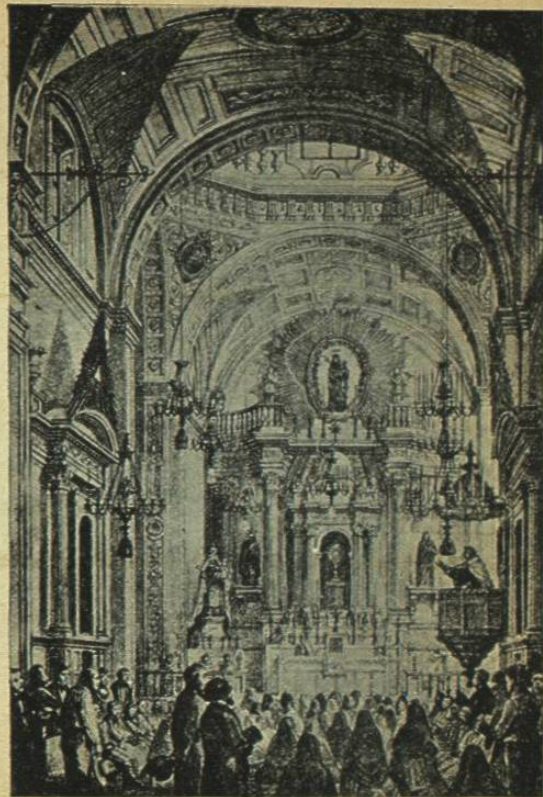


Lámina XXIII.—ALTAR DE LA IGLESIA DEL CARMEN EN SAN ANGEL DONDE SE CASO PACO.

do someramente, ya conocen. Esa iglesia, fué convenientemente adornada para el matrimonio de que se trata, con mayor razón que los Padres Carmelitas tenían conocimiento que su Excelencia Don Antonio López de Santa-Anna, General de División y Presidente de la República, había sido invitado para ser padrino y por segunda vez de su ahijado Paco.

El templo presentaba un aspecto hermosísimo y deslumbrador; desde la entrada se apreciaba la delicadeza empleada en los adornos naturales, pues la huerta que se encontraba precisamente antes de la puerta de acceso a la iglesia, estaba bien cuidada y magnífica, dado que los árboles copados de exquisitas frutas de la estación y los naranjos, repartidos convenientemente, despedían un aroma delicado de sus blancos azahares que perfumaban la atmósfera, cooperando a recibir dignamente a la distinguida y joven pareja como a sus familiares e invitados; así pues, todo se encontraba en orden y listo conforme al ritual establecido del

tir titular que conservó hasta 1633 en que Doña Ana Aguirre y Niño viuda de Don Melchor de Cuelar, favorecedora de los Carmelitas ofreciéndoles su hacienda como donación inter vivos a condición de que le cediera el patronato de su iglesia por titular Santa Ana.

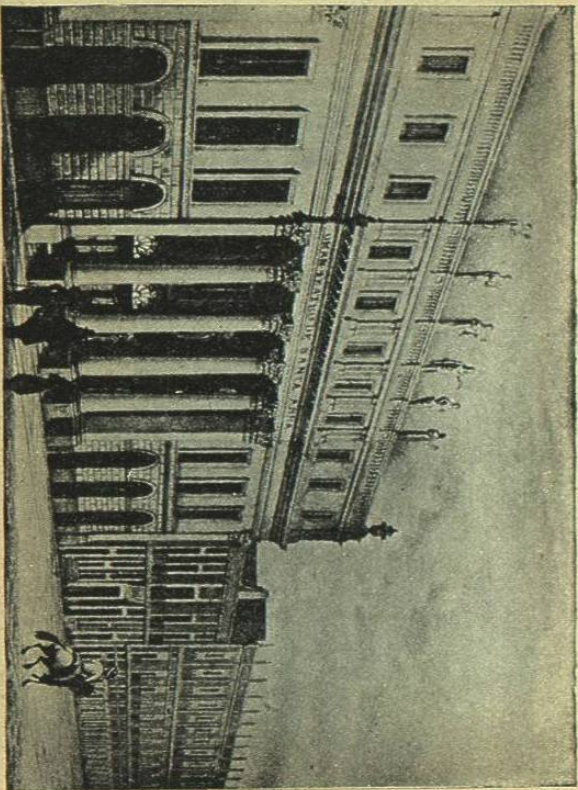


Lámina XXIV.—GRAN TEATRO DE SANTA-ANNA, DESPUES NACIONAL; QUE EXISTIO EN LA HOY BOCA-CALLE DE LA ANTIGUA DE VERGARA Y 5 DE MAYO.

cual no descuidaron los Padres del Convento de ningún detalle por insignificante que fuera.

Por fin, llegó el consabido día. Los novios con sus familias y amistades respectivas, emprendieron la caminata; salieron temprano de México para dirigirse a San Angel, lugar de reunión. El recorrido lo efectuaron por un camino pésimo, pues las piedras estaban sueltas y los charcos abundaban porque quedaban estancadas las del temporal habido en días anteriores.

Pasados estos incidentes, se avistaron dos coches de los primeros de la comitiva, escoltados por granaderos de a caballo. (Ya se acercaba la hora). Llegaron dichos coches y ya estando cerca de ellos, se vió que eran ocupados por los novios y sus respetables padrinos; los demás carruajes, los que pasados algunos momentos llegaron, se pararon frente a la vieja puerta que estaba abierta ese día de par en par, (casi siempre la tenían cerrada y sólo para ceremonias como la presente, la abrían) con sus colgaduras de flores naturales artísticamente colocadas en los festones de hojas frescas y desde ese sitio principiaba la alfombra y Vela respectiva. Los militares, que para el efecto fueron ci-

tados, se encontraban listos en sus puestos y en doble fila, o sea en actitud de guardia.

De los carruajes bajaron los novios, quienes recibieron las aclamaciones de algunas de sus amistades que se habían adelantado y que los esperaban con ansieada; penetraron los novios a la huerta y a guisa de bienvenida los pajarillos que estaban posados en los árboles, comenzaron a cantar los dulces trinos que de sus pequeñas gargantas salían para armonizar la fiesta de las que pocas veces se presentaban como la que nos ocupa.

A unas cincuenta varas de la primera entrada, se encontraba la tachonada puerta empavesada del legendario templo, guardián y custodio desde muchos años ha, de sus ricas e inapreciables joyas y demás reliquias encerradas en él; éstas, con motivo de ese extraordinario día de fiesta religiosa, se exhibirían llenas de esplendor unidas a los adornos de flores naturales y de las luces producidas por tantas ceras encendidas.

Estamos pues, en San Angel, tradicional lugar acumulado de leyendas y sucesos del pasado, en dónde con los ensueños primaverales habían saboreado, quizá, varios jóvenes enamorados en otros días, aquellas maduras y azuca-

radas peras Vergamotas y demás frutas arrancadas, a hurtadillas, de los árboles de diversas clases que, llevadas a la boca, deleitaban el paladar, idas ilusiones de un atardecer lleno de esperanzas como el verde tierno de los corpulentos árboles de nuevas ramas, así como de los paseos, fiestas religiosas o profanas, unas para aquellos que les eran gratas y para otros tristes; todas con los recuerdos del ayer.

La mañana estaba fresca con un sol estival y sin nubes; no se sentía el calor intenso de otros días. Parece que el astro Rey participaba de aquel regocijo con sus galas, enviándoles sus rayos tenues que recibían con beneplácito los habitantes de ese San Ángel encantador.

Suspendida del arco de la antigua torre-cilla del templo, la esquila de bronce tocaba cual si fuera el centinela de un regimiento, a la hora exacta, las once sonoras campanadas, como si anunciara el militar toque de diana o de fuego, pues el caso uno y otro indicaban su objeto. Así los novios, remedando la ordenanza por su exactitud, asistieron a lista de presentes: él uniformado, todo pundonor y erguido de satisfacción... No iba al cumplimiento de misión especial de su cargo, sino a rendir pleitesía al amor, ya que su matrimonio pronto era de efec-

tuarse y, ella, encantadora y satisfecha por verse en trance de realizarse su ensueño dorado.

La novia parecía un lucero de esplendor, vestía un soberbio y lujosísimo atavío de seda con encajes finos; lucía arriba de su espaciosa y blanca frente, como una azucena, gran diadema de brillantes como cristalinas gotas de rocía miradas a través de los rayos solares. Los invitados, ahí reunidos, tanto damas como caballeros, les causó admiración ver el tocado de la bella Luz quien era merecedora de llevarlo en premio a sus reconocidas cualidades. Ella, como tímida paloma, llegaba del brazo de su tío, (hermano de su difunto padre) y les hacía compañía, muy cerca de la novia, Doña Luz, madre de la que en esos momentos tomaría estado.

El novio, abrazado de su distinguida madre Doña Isabel Eulalia de Alonso Ruigomez de Medina y Troncoso, quien ostentaba un magnífico vestido a la moda de la época, pues estaba confeccionado de fina tela de seda negra y abotonadura corrida ya que había sido designada madrina de su hijo. El padrino, como ya se dijo, era Su Excelencia y Presidente de la República, lucía su uniforme de gala y, colgadas a la altura de su pecho, las medallas y conde-

ceraciones obtenidas como premio a sus aptitudes demostradas durante su carrera de las armas; llevaba sombrero montado adornado con plumas, el que portaba en la mano y se le veía su banda azul y la espada reglamentaria al cinto. En cuanto descendió del carruaje Su Excelencia, los militares presentaron armas y con tambores y clarines se ejecutó la marcha de honor.

Igualmente Paco mostraba su uniforme de gala que había estrenado para ese acto; llevaba además de sus brillantes arreos de metal y sus respectivas condecoraciones, banda verde ceñida a la casaca y a la altura de la cintura colgando los dos extremos con bordados de hilo de oro y su espada con puño de oro, flamante, nuevecita; pues había sido uno de los muchos regalos que su Excelencia el Presidente le hizo a su doblemente ahijado.

Formando valla los militares con sus uniformes de gala y las numerosas personas invitadas, empezó la solemnidad con una Marcha Nupcial magistralmente ejecutada por las dos unidas orquestas instaladas en el fondo de aquel recinto, destacándose, de vez en cuando, durante el ejercicio, las dulces armonías producidas por los violines.

En el curso del acto los novios recibieron la bendición de manos del Reverendísimo Canónigo Doctor Don Vicente de Paul Zubizarreta, quien les hizo las exhortaciones de ritual. Terminada la ceremonia, los contrayentes fueron objeto de las más sinceras felicitaciones y parabienes, tanto por las muchas y bien conquistadas amistades como por sus familiares. Como recuerdo de la boda, los desposados recibieron muchos presentes.

Unas horas más tarde, se agruparon los novios acompañados de los distinguidos padrinos y demás concurrentes, debajo de los árboles de una huerta cercana, la que se recordará estaba colindando con el atrio del templo; en la referida huerta y en los espaciosos cenadores, ya se encontraban colocadas con anticipación las mesas cubiertas de blancos y albeantes mantiles para servirse la gran comida que, a las dos de la tarde, principió con los acordes de la música en honor de los ahí presentes.

El banquete resultó espléndido; pues se descorcharon bastantes botellas de vinos y licores de marcas prestigiadas y las viandas muy bien preparadas ya que su sazón gustaría hasta al paladar más delicado.

La comida aquella, después de desbordarse la mayor alegría y contento, tocó a su fin.

En las afueras del Convento se veía conglomerado al pueblo por la novedad del matrimonio tantas veces mencionado, así como grandes filas de carruajes de diferentes formas tirados por troncos de caballos o de mulas, en los cuales llevaron a los invitados y, los cocheros, esperaban el retorno de sus amos.

El lugar referido empezó a ser abandonado por la retirada de su Excelencia el Presidente a quien, como era de costumbre, hicieron los correspondientes honores de ordenanza y las músicas, para despedirlo, ejecutaron las piezas más predilectas de su basto repertorio.

Después de la comitiva presidencial, continuaron el regreso los desposados e invitados con sus respectivas familias. A los dichos desposados, les urgía cambiar de ropas por otras de camino para dirigirse a Oaxaca y pernctaron, como primera jornada, en Ayotla a seis leguas de la capital.

Paco y Luz, (los recién casados) pasaron su luna de miel en Oaxaca y ocuparon la casa solariega de una de las haciendas que fueron propiedad del Duque de Medina y Troncoso abuelo del General Paco. Dos meses escasos per-

manecieron en el lugar de referencia y después de ellos, regresaron a la Capital en atención a que Paco debía tomar posesión de un cargo muy importante y de todas las confianzas de su Excelencia el Presidente de la República, que ya los lectores saben que era el padrino del mencionado Paco.

Los distinguidos esposos se instalaron en una casa que tomaron con anticipación en la calle de Vergara, (hoy calle de Bolívar) cerca del sitio en dónde años más tarde de estos acontecimientos, se levantó el Gran Teatro de Santa-Anna nombrado después Nacional, edificio suntuoso de la época, estableciéndose en su último piso, un hotel llamado de la "Opera". Ese gran coliseo fué inaugurado el diez de febrero de mil, ochocientos cuarenta y cuatro, habiendo ejecutado las obras respectivas de acuerdo con el proyecto aprobado, el Arquitecto Don Lorenzo de la Hidalga. Dicho edificio fué totalmente derribado y su demolición empezó el dos de diciembre de mil novecientos, con motivo del proyecto que se llevó a cabo con la apertura y prolongación de la Avenida del Cinco de Mayo.

Como corolario:

Contaban tres años no cumplidos de matri-

monio Paco y Luz. Era la pareja tan feliz llena de ilusiones y risueñas esperanzas. Recordaban aquellas galas grandiosas en los esponsales verificados en una linda mañana al pié del altar de la iglesia del Convento del Carmen, así como de la simpática población de San Angel en dónde se encuentra el templo indicado, del suntuoso banquete ofrecido en honor de ellos en la huerta inmediata al atrio del Convento y, para mayor abundamiento, la luna de miel que lo fué sin contratiempos, llena de festejos, alegrías y felicidad.

La fatalidad es la sombra inseparable de la dicha, como la muerte es el guardián de acaño de la vida...

Como el humo que asoma de la chimenea, arrojado a impulso del aire en circulación, y formando nubes de caprichosas formas o de espirales en el espacio, las que se disipan en seguida, quedan de ésto solamente las partículas de difícil visualidad. Así aconteció a Paco con la prematura muerte de su queridísima esposa "Lucero" de quien quedó viudo en tan corto tiempo dejándole como imperecedero recuerdo dos niñitos, únicos que tuvieron de su matrimonio.

No hay dolor por más intenso que sea, que

no exista lenitivo o remedio radical que lo combata.

Así también, no hay amor que otro amor no sea sustituido.

Es de creerse que todavía frescas las lágrimas salidas de los ojos de Paco a impulsos del recuerdo de tan infausto dolor, pues solamente habían transcurrido cuatro meses escasos de la inhumación de su desaparecida esposa, cuando los dardos del destino interpuestos por el dios Cupido, se clavaron en su dolorido corazón y lo hicieron volverse a casar.

Su Excelencia el Presidente de la República Don Antonio López de Santa-Anna (años después) también tuvo que "lamentar" la muerte de su consorte la Excelentísima Señora Doña Inés García de López de Santa-Anna y casi al terminar las grandes y suntuosísimas honras fúnebres de cuerpo presente efectuadas en la Puebla de los Angeles, el dios Cupido clavó su flecha, como lo hizo con su ahijado Paco, en el corazón siempre rejuvenecido del maduro General Santa-Anna y cuando se hacía llamar Altezita Serenísimamente inflamando nuevamente su amor con una jovencita que apenas contaría sus diez y seis primaveras y de nombre Doña Dolores Tosta.

¿Era pues, verdadero cariño que profesaban esos Generales para con las primeras así como para sus segundas esposas?...

A los lectores corresponde juzgar, descañando la incógnita; ya que no existen barreras.

Santa-Anna al enviudar de Doña Inés García, efectúa nuevas nupcias el tres de septiembre de 1844 con Doña Dolores Tosta, precisamente a los "Cuarenta días" de fallecida la primera. La suntuosísima ceremonia religiosa se verificó a las siete de la noche de ese día en el magnífico Salón de Audiencias del Palacio Nacional, con asistencia del Ilmo. Señor Arzobispo de México y apadrinando el acto, el Presidente de aquellos días, Don Valentín Canalizo; (1) concluida la referida ceremonia del matrimonio, le siguió un espléndido ambigú.

Su Alteza Serenísima o sea Santa-Anna, nació en Jalapa el 21 de febrero de 1795 y murió (ya ciego) en México, el 21 de junio de 1876 en la casa núm. 6 de la calle de Vergara, (hoy de Bolívar) de ahí salió el humilde cortejo fúnebre con dirección al Panteón del Tepeyac (Villa de Guadalupe) en donde a la presente, existen inhumados sus restos en unión de su segunda es-

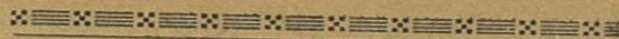
(1) Don Valentín Canalizo transitoriamente desempeñó la Presidencia por muy corto tiempo.

posa Doña Dolores Tosta que expiró el 11 de agosto de 1886 y en cuyo lugar se ostenta un sencillo monumento. Parece haberse remarcado la ironía de la vida, pues no obstante que el desaparecido ocupó la primera Magistratura de la República, en varios períodos, sus restos fueron conducidos de la referida casa mortuoria al indicado Panteón, con extremada humildad y hasta cierto punto con desaire, ya que por dolientes, únicamente se contó al Gral. Don Miguel Blanco, su sincero amigo y leal colaborador, puesto que fué uno de sus Ministros, quien ocupaba el carruaje de acompañamiento que le seguía.

Distintos períodos en que ocupó la Presidencia:

- 1a. época: del 16 de mayo al 2 de junio de 1833
- 2a. " del 16 de junio al 5 de julio de 1833.
- 3a. " del 27 de oct. al 15 de dic. de 1833.
- 4a. " del 24 de abril 1834 al 28 de enero de 1835.
- 5a. " del 18 de marzo 1839 al 10 julio de 1839.
- 6a. " del 10 oct. 1841 al 26 oct. de 1842.
- 7a. " del 5 marzo 1843 al 4 oct. de 1843.

- 8a. época: del 4 de junio al 12 septiembre de 1844.
- 9a. " del 22 de marzo al 1o. de abril de 1847.
- 10a. " del 20 de mayo al 16 septiembre de 1847.
- 11a. " del 20 de abril de 1853 al 11 agost. 1855, y última vez, que tomó parte en la política del país.



CAPITULO CUARTO

EL CANONIGO ZUBIZARRETA EN RELACION CON LOS PRINCIPIOS DEL CURA RODRIGO

VICENTE de Paul Zubizarreta vino a Nueva España a los catorce años de edad en compañía de su padre Don Baldomero; ambos nacidos en un bonito y exhuberante poblado de Valmaceda, situado a unas cuantas leguas de distancia de Bilbao, correspondientes a las Provincias Vascongadas de la madre patria. Los habitantes de aquella región han sido siempre, en su mayoría, de una raza vigorosa; amantes del hogar, de empuje, tenaces y atrevidos para los trabajos que emprenden y acometedores de empresas grandes y pequeñas.

El padre de Vicente, en aquel lugar de su anterior residencia, sufrió su viudez por espacio de cuatro años escasos y resolvió trasladar-